ÉTICA DE LAS PROFESIONES

Ética de las profesiones

Ética de las profesiones

ÉTICA PROFESIONAL DE LOS PROFESORES

Emilio Martínez Navarro

unijes
universidad jesuitas

Contenido

INTRODUCCIÓN 13

CAPÍTULO 1: DESPEJANDO MALENTENDIDOS SOBRE EL SABER ÉTICO Y LA ÉTICA DOCENTE 21
I. ¿Qué es la ética? 21
II. Ética sin moralinas 22
III. Moral y ética 24
IV. Tareas de la ética. 27
V. Los usos y costumbres sociales 28
VI. Ética, moralidad y legalidad. 30
VII. Conciencia moral y objeción de conciencia 32
VIII. Ética, moralidad y religión 34
IX. Ética, religión y tecnociencia 37
X. Deontología, éticas aplicadas y ética de la profesión docente 41

CAPÍTULO 2: LA ENSEÑANZA EN EL CONTEXTO DE LAS PROFESIONES Y DE LA SOCIEDAD PLURALISTA 49
I. Tensiones en el seno de las profesiones 49
II. Profesiones y oficios: instituciones sociales con una larga historia 52
III. Rasgos de las profesiones en general y de la profesión docente en particular 55
IV. ¿Qué significa ser un profesional excelente? 62
V. Las profesiones en el marco de valores de la ética cívica. . 65
VI. La ética cívica hace posible el pluralismo ético contemporáneo 66
VII. Diversidad de éticas de vida plena y una sola ética cívica de la justicia. 68

VIII. La enseñanza en un contexto de diversidad cultural 71
IX. Bienes internos y externos en el ejercicio profesional. 73
X. Criterios éticos para elegir profesión o revisar la opción profesional 74

CAPÍTULO 3: EL NÚCLEO DE LA PROFESIÓN DOCENTE. . . . 81
I. Elementos para una definición de la enseñanza. 81
II. Monopolio, predominio y dominación. 86
III. Proceso de diseño de una ética de los profesores como ética aplicada. 89

CAPÍTULO 4: BIENES INTERNOS Y EXTERNOS EN LA ENSEÑANZA 99
I. Algunas implicaciones éticas de los bienes internos de la enseñanza 99
II. La enseñanza educa, pero no ella sola. 102
III. Transmitir la cultura para formar personas críticas, creativas y solidarias. 103
IV. La enseñanza tiene que formar ciudadanos activos 105
V. La enseñanza lleva consigo la tarea de evaluar, acreditar y facultar al alumnado 108
VI. Necesidad de los bienes externos 112
VII. Algunos riesgos de corrupción docente 115
VIII. Del círculo vicioso al círculo virtuoso 121
IX. Casos de profesores quemados (*burnout*) y acosados laboralmente (*mobbing*) 124

CAPÍTULO 5: ACTITUDES ÉTICAS DEL PROFESOR EN RELACIÓN CONSIGO MISMO, CON EL CONTEXTO ÉTICO-POLÍTICO Y CON SUS ALUMNOS 131
I. Actitudes, mejor que deberes. 131
II. Principales relaciones que constituyen la profesión docente 134
III. La relación del profesor con su propia opción profesional . 137
IV. La relación del profesor con el contexto ético-político y con su propia opción ética. 139
Exigencia en lo justo, invitación en lo bueno. 141
La ética cívica es necesaria, pero no suficiente 142
¿Objeción de conciencia docente?. 145
V. Actitudes del profesor ante el alumno 147
Actitud de servicio y cooperación con el alumno 147
Desigualdad fáctica, igualdad moral y respeto. 149
Actitudes del profesor ante los alumnos como grupo. 153

CAPÍTULO 6: EL PROFESOR COMO ESPECIALISTA EN UN ÁREA DEL CONOCIMIENTO 161
I. Enseñar una parte del currículo 161
Aspectos éticos en la selección de los contenidos 163
Aspectos éticos en la adopción de métodos didácticos y en la temporalización de los contenidos 164
II. Todos los contenidos están conectados con otros 168
III. Autonomía profesional docente y "libertad de cátedra" . . . 170
IV. Enseñar al grupo de alumnos sin adoctrinarles. 177
V. Es necesario cierto orden en el aula. 182
VI. Enseñar al grupo de alumnos para que piensen por sí mismos. 184
VII. Evaluar, calificar y acreditar a los alumnos. 187

CAPÍTULO 7: EL PROFESOR COMO MIEMBRO DE UN CENTRO EDUCATIVO 195
I. Una profesión institucionalizada 195
II. Ser profesor en un centro educativo. 197
III. Compromisos éticos en cuanto a la estructura general del centro. 197
IV. Exigencia de recursos didácticos necesarios. 200
V. Atención a la igualdad de oportunidades. 201
VI. El centro como comunidad educativa 203
VII. Responsabilidades en la formación inicial y permanente de los profesores 205
VIII. Ser profesor con un empleo estable 206
IX. Bienes internos y condiciones de trabajo 208

CAPÍTULO 8: LA RELACIÓN DEL PROFESOR CON LOS COMPAÑEROS, CON LOS PADRES Y CON LA COMUNIDAD LOCAL 213
I. Actitudes del profesor ante los colegas y otros profesionales 213
Apoyo mutuo para la mejora de la enseñanza 213
Trabajo en equipo a favor de la mejora de la enseñanza . . 215
II. Actitudes éticas en las relaciones con los directivos, las autoridades académicas y el carácter propio del centro 216
III. Actitudes éticas del profesor en relación con los padres . . 218
IV. Actitudes éticas del profesor en relación con la comunidad local. 220

CAPÍTULO 9: CONFLICTOS ÉTICOS EN LA ENSEÑANZA Y VÍAS DE SOLUCIÓN 223
I. Principales tipos de conflictos éticos en la enseñanza 223
II. Complejidad de los juicios de valor 228
III. Una actitud razonable 232
IV. La deliberación racional como procedimiento para abordar los conflictos éticos. 234
V. Deliberación sobre un caso hipotético 237

CAPÍTULO 10: ÉTICA DE LA DOCENCIA EN LA UNIVERSIDAD 243
I. De la minusvaloración de la enseñanza al derecho a la formación de calidad 243
II. Los bienes internos de la universidad 246
III. La profesión de profesor universitario. 252
IV. Compromisos éticos básicos de los profesores universitarios 256

ANEXOS 261
Código deontológico de los profesionales de la educación (España, 1996) 261
Código de Conducta Ética y Declaración de Compromiso (Asociación Nacional de Educación Infantil de EE.UU. 2005) 268

BIBLIOGRAFÍA 285

ÍNDICE DE NOMBRES 291

Presentación[1]

¿Para qué puede servir un libro de ética de los profesores? ¿Acaso se puede enseñar ética a los profesionales de la enseñanza[2], o a los aspirantes a profesores? ¿En qué puede ayudar un libro de ética docente a quienes trabajan o aspiran a trabajar en la enseñanza? ¿Acaso les puede ayudar a ser mejores profesores? Estas cuestiones y otras muchas que podríamos plantear en la misma línea nos indican que nos adentramos a partir de estas líneas en una arriesgada aventura intelectual. Se trata de pensar juntos, con rigor no exento de buen humor, acerca de lo que significa ejercer dignamente la tarea de profesor. Si estas páginas aportan algunos estímulos para que los profesores nos replanteemos más a menudo el sentido de nuestro trabajo y de los valores que estamos realizando en el ejercicio de nuestra profesión, entonces habrá merecido la pena el esfuerzo.

La ética de los profesores puede ser una interesante aportación a la mejora de la práctica docente, siempre y cuando logre estimular la reflexión, personal y compartida, sobre la propia actitud vital, sobre las propias actitudes morales como profesionales,

1. Este estudio se inserta en el Proyecto de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico HUM2007-66847-C02/FISO, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y con Fondos FEDER de la Unión Europea.

2. He optado por evitar la continua referencia explícita a los dos géneros porque haría muy pesada la lectura. Por ello se ruega al lector o lectora que interprete los términos utilizados como, por ejemplo, "los profesores" "los docentes", "los alumnos", etc., en el sentido de que se refieren tanto a uno como al otro género.

sobre el contexto moral que rodea a la enseñanza y sobre las posibilidades que tenemos de cambiar en positivo lo que nos parezca mejorable. En este punto, el escollo más importante quizá sea que no parece posible llegar a un acuerdo definitivo entre los profesores sobre las metas y los medios de la enseñanza, el concepto y la práctica de la educación, etc. El pluralismo moral, filosófico, político y religioso (el pluralismo ideológico en general) es un punto de partida irrebasable en las cuestiones que, como ya vio Aristóteles, no forman parte de las realidades meramente físicas, sino del complejo mundo de las decisiones humanas, siempre abiertas a diversas posibilidades. Sin embargo, el hecho del pluralismo no impide que podamos y debamos ofrecer propuestas razonadas y razonables para orientar el comportamiento personal y colectivo, con tal de que seamos conscientes de que semejantes propuestas deberán confrontarse dialógicamente con otras y que nunca deben presentarse con afán de cerrar el debate de una vez para siempre. En este sentido, ni todas las propuestas éticas valen lo mismo, ni puede pretenderse que solo una de ellas expresa la verdad definitiva sobre este tipo de cuestiones.

Una ética de la docencia, si ha de servir para algo, ha de colaborar en la mejora de la profesionalidad de los profesores. Obviamente, el estudio de la ética no puede garantizar que quien la estudie se convierta automáticamente en un buen profesor en el pleno sentido de la palabra. Un buen profesor ha de ser, sin duda alguna, un experto en su materia y en la técnica didáctica relacionada con su especialidad, pero al mismo tiempo ha de ser, *también,* alguien que comprende que *los aspectos éticos de la labor docente forman parte de la entraña misma de su trabajo cotidiano*, de modo que estos aspectos no son un adorno, no son un añadido vistoso para dar una buena imagen, sino la clave y el sentido mismo de su quehacer. Por ello, lo que puede hacer la ética de los profesores por aquellas personas que estudian esta materia es aumentar la probabilidad de que sean unos profesionales más comprometidos con unos valores éticos que consideramos deseables y razonables, y desde ese compromiso ético es posible que se genere el impulso necesario para ser al mismo tiempo unos profesores técnicamente capaces y éticamente exigentes. Ambos aspectos –lo técnico y lo

ético– son sin duda inseparables para ser un profesional completo, un buen profesional, un profesional excelente. Ningún padre responsable y que ame a sus hijos dejará a éstos en manos de un profesor a quien considere muy capaz técnicamente pero éticamente impresentable, al menos si puede evitarlo. Porque el aspecto ético no es una cuestión menor o secundaria en un profesional, sino una condición indispensable para merecer la confianza de quienes reciben los servicios que presta dicho profesional. Por todo ello, parece necesario que el profesional de la docencia tenga ocasión de formarse en cuestiones éticas. Sabemos que tal formación no hará desaparecer todos los casos de falta de ética de profesores que actualmente suceden, y que sin duda seguirán ocurriendo, pero también es cierto que una buena formación ética puede ayudar a reducir en gran medida ese tipo de casos.

Este libro aspira a ser útil como acicate para la reflexión ética de profesores en activo y también para los estudiantes universitarios de todas aquellas carreras que tienen como salida preferente la dedicación a la enseñanza. Un manual como éste, de *Ética profesional de los profesores,* pretende ser una herramienta que colabore a la formación docente, no sólo para quienes estudian aquellas titulaciones que, como las de Maestro, tienen una finalidad explícita de formar a los futuros docentes, sino también para quienes cursan aquellas otras carreras que nutren de profesores a los centros de Educación Secundaria (por ejemplo, Matemáticas, Química, Biología, Historia, Geografía, Filología, Filosofía, etc.); también puede ser útil en los másteres dedicados a la formación de profesores de educación secundaria y en los cursos de iniciación a la docencia para profesores universitarios.

En esta obra nos centramos en el *oficio de enseñar* en un contexto escolar o académico, reglado, institucional: ser profesor *en un centro educativo*. El énfasis principal lo ponemos en la *búsqueda de la excelencia profesional*, más que en los deberes y obligaciones, aunque siempre es conveniente tener presentes nuestros deberes elementales, y por ello recogemos también ese aspecto de la profesión. Se pretende que el libro constituya, preferentemente, *una invitación a disfrutar de la profesión docente y a realizarse profesionalmente en ella a través de la comprensión del sentido*

que tiene la enseñanza, más que un reconocer normas y un someterse a códigos, pero comprendiendo al mismo tiempo que esas normas y códigos no han de ser una pesada carga, sino las reglas de juego elementales que permiten la existencia del juego mismo.

Una idea básica de este libro es que la profesión de profesor reclama un tipo de personas que traten de tener la moral alta, que renueven a diario el compromiso ilusionado con la noble tarea de estimular los procesos de aprendizaje de los alumnos, tanto si se trata de jóvenes como de adultos que han decidido regresar a las aulas. Para ello es necesario que los profesores asuman plenamente la responsabilidad de mostrarles el mundo que ellos y nosotros compartimos, incluyendo la idea de que ese mundo no se reduce a lo que hay, sino que abarca también posibilidades inéditas que ellos mismos pueden descubrir, sobre todo si les ayudamos a desarrollar la inteligencia en el pleno sentido de la palabra, una inteligencia que incluye la sensibilidad ética necesaria para comprender el valor incalculable de las personas y la consecuente necesidad moral de construir juntos un mundo mejor. De ahí que la ética profesional del profesor puede y debe *orientar a los profesores para asumir la parte de responsabilidad que les corresponde en la educación del alumno como persona completa, como un ser capaz de conocer y de amar, capaz de saber y de comprometerse con los valores que merecen la pena*.

Por otra parte, uno de los objetivos más importantes de esta obra es proporcionar a los profesores –en formación o en activo– una visión de la profesión docente comprometida con la justicia social. Esta es una de las características definitorias de toda la colección de *Ética de las profesiones* de la que este volumen forma parte. Por ello, hemos introducido múltiples reflexiones acerca de la justicia en relación con la educación, en las que aparecen diversas alusiones al contexto histórico en el que hemos de ejercer nuestra profesión docente: el contexto de las sociedades contemporáneas como sociedades abiertas, pluralistas, complejas, en cierta medida conflictivas, aspirantes a la democracia y a los derechos humanos, pero no siempre consecuentes en la práctica con tales aspiraciones. En estas sociedades conviven, y a menudo sólo coexisten, distintos grupos sociales enfrentados por ideologías

políticas, por diversas creencias religiosas y actitudes antirreligiosas, por intereses económicos, etc. ¿Qué concepto de justicia social es adecuado en una sociedad en la que cada grupo ideológico mantiene su particular concepción de justicia social y su peculiar concepto de educación? ¿Qué actitud ha de adoptar el profesor en este contexto pluralista si pretende actuar con honestidad profesional? ¿Puede y debe dejar a un lado sus propias adhesiones y simpatías ideológicas para intentar ser neutral ante el alumnado, o por el contrario ha de mantener abiertamente sus convicciones, aun a riesgo de ser acusado de proselitista o incluso de fundamentalista? Sobre estas cuestiones trataremos de arrojar alguna luz comentando las alternativas más razonables.

También pretendemos que esta obra ayude a los profesores en ejercicio a *analizar su práctica cotidiana desde el punto de vista ético*, y de ese modo ayudarles a descubrir posibilidades de mejora. En este sentido, se proporcionan herramientas de reflexión para que los profesores aumenten su *sensibilidad moral* ante lo que ocurre en su lugar de trabajo, para que desarrollen las *competencias éticas* que corresponden a esta profesión, de modo que puedan *descubrir oportunidades donde pareciera que sólo hay problemas*. Esto implica adoptar un método de reflexión ética que incluye un momento individual, en el que el profesional medita sobre su propia actitud y su propia práctica, y también un momento comunitario, en el que *se delibera con otras personas,* docentes y no docentes pero afectadas por el proceso educativo, para encontrar mejores maneras de prestar servicio al alumnado. Ese método de reflexión ética también tiene, como veremos en el capítulo correspondiente, un momento de *análisis*, un momento de *propuestas y de compromisos* llevados a la práctica, y un momento de *evaluación crítica* acerca de lo conseguido.

Ojalá estas reflexiones ayuden a *superar una visión individualista de la profesión docente* y promueva en su lugar una visión de la enseñanza como obra de artesanos mancomunados en la que, por ejemplo, los profesores experimentados enseñan a los profesores noveles los secretos de la profesión; cómo se entra en una clase y se consigue captar la atención de los alumnos sin perder la voz ni la compostura, cómo se logra que todos te respeten aunque

no todos compartan tus puntos de vista, cómo se pierde el miedo escénico que al principio atenaza a los profesores noveles impidiéndoles hacer las cosas que habían programado con tanta ilusión, etc. La profesión docente debe dejar de ser una profesión solitaria en la que cada cual se encierra en su aula y no recibe ayuda de otros profesores ni tampoco proporciona ayuda a otros compañeros que la necesitan. Tiene que llegar a ser normal que el profesor que aspira a mejorar su práctica docente invite a entrar en el aula a otro profesor que le ayude a descubrir nuevos modos de hacer su trabajo. Igual que ya casi es normal que los profesores se reúnan en su horario laboral para compartir experiencias y estrategias que les ayuden a resolver juntos los problemas detectados y a mejorar la calidad de su enseñanza. De ese modo se irá superando también el aspecto negativo que contiene el viejo dicho "cada maestrillo tiene su librillo": ese aspecto que presenta a la profesión docente como una profesión de individuos aislados, de francotiradores de la enseñanza, de gentes individualistas que aún no han sido capaces de ir más allá de su ego para poder hacer un trabajo de equipo que redunde en beneficio del mejor aprendizaje posible del alumnado.

Otro aspecto fundamental de esta obra es el reconocimiento de que la ética de los profesores ha de atender a la complejidad de las relaciones que afectan al docente: la relación con los alumnos, con los compañeros, con los padres, con la institución en la que trabajan, con las directrices educativas del Estado, con las exigencias de la sociedad local y global, etc. Para ello, este libro dedica algunos capítulos o apartados específicos a analizar la relación del profesor con cada uno de esos colectivos o entidades, mostrando argumentadamente cuáles han de ser las actitudes a adoptar en el trato con cada uno de ellos.

A lo largo de todos los capítulos se incluyen apoyos didácticos de diverso tipo, como esquemas, cuestionarios, textos para comentar, películas para analizar, etc. Los esquemas tratan de aclarar al máximo los conceptos estudiados, y se han hecho pensando en facilitar la comprensión del texto a muchos lectores que, en muchos casos, se acercan a estos temas por primera vez. Los llamados "cuestionarios de autocontrol y debate" consisten en unas series de preguntas cuya respuesta puede ser encontrada en el tex-

to del capítulo correspondiente con objeto de fijar mejor los contenidos del mismo, pero también pueden ser el punto de partida para el debate, o para proponer ensayos de investigación destinados a profundizar en algunas de las cuestiones planteadas.

El libro se completa con un anexo que recoge algunos códigos deontológicos y una bibliografía general que permite ampliar los conocimientos adquiridos.

La síntesis que expongo en esta obra sobre la ética profesional del profesor tiene una doble raíz: por una parte, es el fruto de la reflexión sobre mi particular experiencia profesional como profesor (quince años en enseñanza secundaria y otros quince en la universidad); y por otra parte, es una propuesta en la que se destilan las ideas que he encontrado más acertadas en la bibliografía consultada. Aunque es seguro que muchos de los planteamientos que expongo podrán servir para la formación ética de los maestros de educación infantil y de primaria, he de advertir desde el inicio de que el trasfondo experiencial que sostiene estas páginas es sobre todo el de la enseñanza en secundaria y en la universidad, como probablemente se apreciará en muchos pasajes. El capítulo final se dedica expresamente a la ética del profesor universitario porque, como se verá, existen algunas peculiaridades de este tipo de profesor que invitan a reflexionar sobre ellas como un caso aparte.

Esta obra forma parte de la colección que dirige el profesor Augusto Hortal sobre *Ética de las Profesiones*, con la colaboración de Ildefonso Camacho, de José Luis Fernández y de la editorial DESCLÉE DE BROUWER. Quiero agradecer al profesor Hortal y a su equipo (especialmente al profesor Ildefonso Camacho) la confianza que depositaron en mí al encargarme la redacción del volumen dedicado a la *Ética profesional de los profesores*; merece un agradecimiento especial el asesoramiento, los excelentes consejos, y sobre todo la paciencia que han tenido conmigo hasta el momento de ver realizado el proyecto. Estoy seguro de que las observaciones que me hicieron sobre la primera versión del texto han permitido mejorarlo considerablemente. También merecen una mención de agradecimiento los maestros y maestras que he tenido a lo largo de mi vida, desde la escuela infantil hasta el doctorado y más allá, además de algunos excelentes colegas que,

como Félix García Moriyón, Norberto Smilg Vidal o Carmen Pagán Casanova, han compartido conmigo la inquietud por la calidad de la educación en multitud de cursos, seminarios, congresos y reuniones. Recuerdo aquí con gratitud a cientos de alumnos que han pasado por las aulas a lo largo de mi carrera docente, y especialmente a Alejandro Silvestre, que como alumno interno del Departamento de Filosofía de la Universidad de Murcia ayudó en la fase de documentación de esta obra. Como miembro del Grupo de Investigación sobre Éticas Aplicadas y Democracia, que dirigen mis maestros Adela Cortina y Jesús Conill, me siento especialmente agradecido por todo el apoyo que continuamente me brindan. A todos ellos les debo lo mejor de estas páginas y por ello les dedico desde aquí el homenaje de mi reconocimiento, respeto y afecto entrañable. Tengo una deuda especialmente grata con mi colega y amiga Begoña Domené Martínez, que ha colaborado de manera eficaz y desinteresada en la elaboración de algunas actividades didácticas que acompañan a cada capítulo de esta obra. Muchas gracias, por último, a mi familia y a las personas que lean este libro. Ambos colectivos tienen mucho que ver con el sentido que ha tenido escribirlo. A los lectores les agradezco de antemano cualquier sugerencia o comentario que deseen hacer a través del correo electrónico.

Emilio Martínez Navarro (emimarti@um.es), enero de 2010.